EL BARCO DE VAPOR

# La sopera y el cazo

## Michael Ende

Ilustraciones de **Enrique Lorenzo**

sm

Primera edición (cartoné): mayo de 1993
Vigésima cuarta edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Revisión editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Die Geschichte von der Schüssel und vom Löffel*
Traducción del alemán: Rosanna Terzi

© K. Thienemanns Verlag, Stuttgart-Viena, 1990
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Había una vez dos reinos: uno estaba a la izquierda de una gran montaña y el otro a la derecha.

Por eso, a uno de los reyes lo llamaban el rey izquierdo y el otro recibía el nombre de rey derecho. Y que a nadie se le ocurra pensar que detrás de estos nombres se esconde un doble sentido; sencillamente se llamaban así, y de igual manera podía haber sido al contrario.

Era muy difícil escalar la gran montaña que separaba los dos reinos, por lo que nadie lo había intentado jamás. Así que no sabían nada uno del otro, ni se preocu-

paban mucho por ello. Y en el caso de los reyes, antes o después, esto es una ventaja.

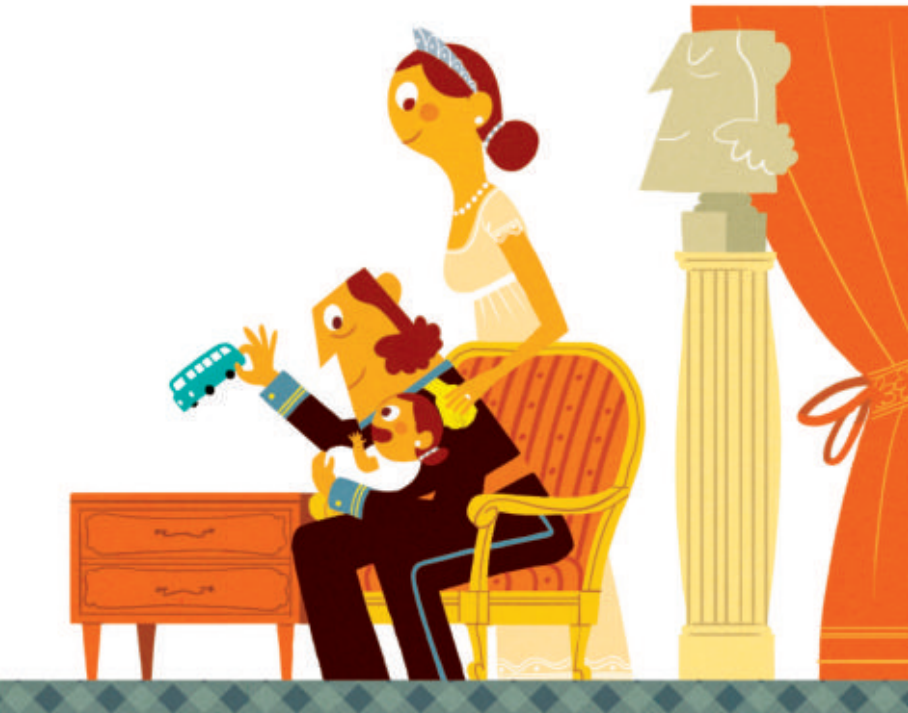
El rey derecho se llamaba Camuflo, y el izquierdo, Pantuflo. Como es natural, cada uno de ellos tenía su reina, que le ayudaba a gobernar. La esposa de Camuflo se llamaba Camelina, y la de Pantuflo, Pantina.

Como los dos reinos eran bastante pequeños, no había mucho que gobernar. Por eso, en verano, Camuflo se pasaba casi todo el tiempo jugando al minigolf con

Camelina en el jardín de palacio. Y en invierno jugaban a las siete y media en el salón del trono.

Por su parte, en verano, Pantuflo y Pantina jugaban al bádminton en el jardín, y en invierno, al Monopoly en el salón del trono. Esa era la diferencia.

Y dio la casualidad de que las dos reinas tuvieron un hijo por las mismas fechas. Pantina tuvo un príncipe, y Camelina, una princesa. Al príncipe le bautizaron con el



nombre de Tafilín, y a la princesa, con el de Praliné.

Las dos casas reales enviaron invitaciones para la celebración del bautizo a sus correspondientes familiares. Ya se sabe que los reyes y las reinas tienen mucha familia y muy ramificada. Y ocurrió lo que ya en otros muchos cuentos ha pasado: tanto la casa real izquierda como la derecha olvidaron invitar a una tataraprima en decimotercer grado, que tenía bastante mal humor y estaba emparentada con ambas familias.

Se llamaba Serpentina Cascarrabias, vivía en un alejado país bajo un nombre falso y oficialmente trabajaba como domadora de pulgas. Pero, en secreto, era hada, y además, un hada mala.

Y Serpentina Cascarrabias se tomó el olvido espantosamente mal.

–Si por lo menos solo me hubieran olvidado unos –se decía a sí misma–, habría

podido asistir al otro bautizo, o viceversa. Pero que me hayan olvidado todos, ¡es demasiado! ¡Van a saber quién soy yo! Y de tal forma que se van a tener que acordar de mí durante mucho tiempo.

Se montó en su moto de fuego y partió a toda velocidad.

Las hadas malas pueden hacer cosas que para las personas normales son totalmente imposibles. Por ejemplo, pueden bailar al mismo tiempo en dos bodas o en dos bautizos. Solo ellas saben cómo lo hacen y, como es lógico, no se lo cuentan a nadie.

En cualquier caso, el asombro de las dos parejas reales cuando de repente apareció Serpentina Cascarrabias entre los invitados a la fiesta fue gigantesco.

–De verdad que sentimos muchísimo, querida tataraprima –decía el rey Camuflo–, haber cometido este error. Lo que ocurrió es que estábamos algo confundidos con el nacimiento de la niña y con

todo lo demás. Pero no lo hicimos con mala intención.

Y unas millas más allá, al otro lado de la montaña, el rey Pantuflo estaba diciendo lo mismo en el mismo instante.

–Pero nos alegramos muchísimo, querida Serpentina, de que a pesar de todo hayas podido venir –decía la reina Camelina, a la vez que le besaba en las dos mejillas–, y de que ahora ya todo esté en orden, ¿no es así?

Mientras, en el otro reino, Pantina estaba pronunciando las mismas palabras.

Serpentina Cascarrabias contestó a ambas parejas reales:

–A pesar de todo, y con el fin de que me recordéis en este día, os he traído un regalo.

Y entregó a la pareja real derecha –Camuflo y Camelina– una sopera de porcelana. En la sopera estaba pintado un cazo de color azul, en el que de nuevo se veía una sopera, que a su vez tenía otro cazo

más pequeño, y así cada vez más y más pequeños hasta que ya no se veían.

–No se trata de una sopera corriente –aclaró Serpentina Cascarrabias–, sino que tiene unas propiedades muy especiales. Pero no se pueden apreciar hasta que no se remueva en el interior de esta sopera con el cazo correspondiente. En ese momento, la sopera se llenará con la sopa más sabrosa y nutritiva que imaginarse pueda. Y permanecerá siempre llena, aunque de ella coman tantos hambrientos glotones como se quiera.

A Camuflo se le salían los ojos de las órbitas y Camelina preguntó:

–¿Y dónde está el cazo?

–Vosotros mismos deberéis encontrarlo –respondió Serpentina Cascarrabias mientras se reía maliciosa.

Y exactamente en el mismo instante, los reyes Pantuflo y Pantina recibían el cazo de porcelana. En él estaba pintada

una sopera de color azul, en la que de nuevo se veía un cazo, que a su vez tenía otra sopera más pequeña, y así cada vez más y más pequeños hasta que ya no se veían.

–No se trata de un cazo corriente –aclaró Serpentina Cascarrabias–, sino que tiene unas propiedades muy especiales. Pero no se pueden apreciar hasta que no se remueva con este cazo en el interior de la sopera correspondiente. En ese momento, la sopera se llenará con la sopa más sabrosa y nutritiva que imaginarse pueda. Y permanecerá siempre llena, aunque de ella coman tantos hambrientos glotones como se quiera.

A Pantuflo se le salían los ojos de las órbitas y Pantina preguntó:

–¿Y dónde está la sopera?

–Vosotros mismos deberéis encontrarla –respondió Serpentina Cascarrabias mientras se reía maliciosa.

A continuación, se montó en su moto de fuego y partió a toda velocidad de ambos países a la vez. Pero no lo hizo para siempre. Volverá a aparecer en el cuento.

Sin embargo, el cazo y la sopera permanecieron allí.

Las dos parejas reales se quedaron mirando con preocupación la nube de polvo que había dejado el hada al alejarse, y empezaron a pensar qué era lo que podían hacer con su correspondiente regalo. Pero encontrar la respuesta resultaba tan difícil como escalar la montaña.

El rey Pantuflo y la reina Pantina probaron a remover en todas las soperas y cacerolas que encontraron. Pusieron todo el reino patas arriba, pero no lograron hallar ninguna sopera que, al hacerlo, se llenara de sopa.

De igual forma, lo intentaron el rey Camuflo y la reina Camelina. Probaron a remover en el interior de su sopera con todos los cazos que encontraron, pero de sopa ni rastro.

–¿Y qué cazo podrá ser? –preguntó Camuflo, totalmente desanimado–. Tiene que ser un cazo muy especial, ¿no lo crees tú así, querida?

–Desde luego –contestó Camelina–. Seguramente será el cazo que está pintado en la sopera.

–¡Eres fenomenal, querida! –exclamó maravillado Camuflo–. A mí nunca se me hubiera ocurrido.

A la misma hora le preguntaba Pantuflo a su mujer:

–¿Y qué sopera podrá ser? Tiene que ser una sopera muy especial, ¿no lo crees tú así, mi vida?

Y Pantina contestó:

–Quizá sea la sopera que está pintada en el cazo.

–¡Eres genial, mi vida! –exclamó maravillado Pantuflo–. Yo nunca lo hubiera supuesto.